

LA PESCADORA DE PERLAS

Título original: *Pärlfiskaren*

Autora: Karin Erlandsson

Traductora: Laura Pascual

Esta muestra de traducción ha sido posible gracias a la ayuda de FILI



LA PROFECÍA

La adivina me coge la mano con firmeza; sus manos son ásperas, como si su piel quisiera abrirse paso a través de la mía. Pero yo estoy mirando al gato, que está sentado sobre el hombro de la adivina y me mira sin parpadear.

Tiene los ojos de color azul claro y el pelaje blanco y no se parece a los demás gatos que corretean sueltos entre los puestos del mercado. Los ojos del gato son azules como el mar.

Retiro la mirada del gato y la dirijo hacia la adivina. Ella espera; está acostumbrada a que el gato sea lo primero en lo que se fija la gente.

Llegué a la Región Sur ayer por la noche. El tren iba con retraso y decidí recorrer el último tramo a pie con un grupo de vendedores. Los demás iban camino del mercado con sus mercancías, portando grandes sacos con juguetes, pan y objetos artesanales de paja. Yo solo tenía mi morral de cuero, que siempre me acompaña en mis viajes.

—Oye —dijo un hombre grande que arrastraba un carro lleno de hachas y cuchillos—. Ponte en medio para que podamos protegerte si sucede algo.

No lo contradije. Sé que parezco una niña con mi larga trenza y mi falda de cuadros.

Íbamos en una larga caravana siguiendo las vías del tren. En el borde de la cuneta se mecían las violetas de trigo, esas grandes flores blancas tan características del paisaje. Desprendían un fuerte aroma, y yo arranqué un puñado de flores para masticarlas.

Como siempre, tenían un sabor fantástico. Si he de ser totalmente sincera (y he de serlo, pues solo tengo una oportunidad de narrar esta historia), las flores son uno de los motivos por los que siempre regreso. Las flores y el mar.

Al anochecer, la caravana llegó al mercado, la luna se elevó por encima de los tejados de las casas y las largas filas de personas se dispersaron sin pronunciar una palabra.

Quizá por esto me gusta viajar. Compartes un momento con otras personas a las que no tienes por qué volver a ver jamás.

Encontré la habitación cuyo balcón daba a la playa. Mi padre y yo solíamos dormir en la misma habitación antes de que me abandonara; ahora que él no estaba, yo había tomado el relevo.

La mujer desdentada estaba sentada fuera en su silla y extendió las manos cuando yo llegué. No era para saludarme (en esta parte del país las personas no se tocan), así que le puse una moneda de plata en la mano.

Me quedé dormida casi de inmediato.

Dormir al lado del mar es relajante e inquietante al mismo tiempo. El ritmo de las olas contra la playa produce somnolencia, pero el ruido también es una llamada. Cuando uno no puede dormir en la Región Sur, no cuenta ovejas, sino olas que rompen contra la playa.

Daba vueltas en la cama mientras pensaba en las profundidades y en que debería estar allí. Mientras duermo, me estoy perdiendo cientos, puede que miles de perlas.

En cuanto me desperté, me dirigí hacia la plaza del mercado; el puñado de violetas de trigo que había comido la noche anterior me seguía manteniendo satisfecha. Tengo que encontrar a Marko; me está esperando.

La adivina está de pie delante de mí, sin que yo pueda ver por dónde ha venido. Me coge la mano antes de que pueda impedírselo.

El gato vuelve la cabeza al mismo tiempo que la adivina: los dos me miran con la cabeza inclinada y niegan con un gesto de forma casi imperceptible, primero el gato, luego la mujer.

—Vas a sufrir —dice la adivina.

Tiene una voz clara que se oye por encima de los regateos del mercado.

El gato arruga el hocico como si yo oliera mal. Intento apartar la mano.

—Vas a sufrir por...

Se detiene y mira al gato, que mueve la cabeza lentamente de arriba abajo.

—Hay algo que vas a anhelar, algo que vas a tener... algo grande.

Quiero chistarle; no necesita gritar. Pero no digo nada y ella continúa.

—Eso te va a llevar muy lejos de aquí... puede que de vuelta a casa. Puede que a un sitio totalmente diferente.

Me suelta la mano. El gato salta de su hombro y se abre paso por la estrecha acera delante de mí.

—¡Espera! —grito detrás de ellos—. ¿Cuándo voy a sufrir?

La mujer se detiene, pero no se gira. El gato continúa andando y yo le miro la cola mientras hablo.

—¿Es mi turno ahora?

La voz de la mujer es tan fuerte que la oigo a pesar de que no me está mirando.

—Nunca se sabe.

La mujer desaparece tan repentinamente como ha aparecido. Me froto la mano contra la pierna para deshacerme de ese sentimiento punzante.

Recibo empujones de la gente que pasa, me enderezo y miro hacia el mar. Tengo que recordar por qué estoy aquí.

En ese momento, veo a Mario en el borde de la plaza del mercado. No sonrío (casi nunca lo hace) pero inclina la cabeza lentamente cuando me acerco. Hace mucho que no nos vemos y, sin decir una palabra, empezamos a empujar el barco hacia el agua.

EN EL MAR

Marko va directo hacia el mar, que hoy es azul oscuro: su color va cambiando como el cielo y las esponjosas nubes se reflejan en la superficie. Me siento en el extremo de la proa y miro la espuma de las olas. El agua es clara, pero aquí, tan cerca de la costa, no quedan perlas. Hace tiempo que las recogieron.

Se trata de un barco pesquero tradicional, como el que todos utilizan en esta parte del país. Las velas color turquesa están llenas de remiendos, pero Marko navega seguro. Del mismo modo que yo conozco el bosque de mi tierra natal, cada peña y cada sendero, él conoce el mar.

Aunque solo roza el timón con las puntas de los dedos, pilota el barco con suavidad rodeando las piedras y arrecifes hasta que salimos a mar abierto.

Cuando pasamos el muelle, veo muchos otros barcos que van en la misma dirección que nosotros. Es un bonito día y ningún pescador de perlas puede quedarse en tierra sabiendo lo que hay en las profundidades. No se ve ningún barco por delante del nuestro. Soy la primera, como siempre.

Muchos pescadores de perlas han llegado, igual que yo, por el inicio de la temporada. Han dejado sus hogares de la Región Sur por un corto periodo de tiempo. En los barcos hay pescadores de perlas de las regiones montañosas del este y de las regiones agrícolas del oeste. Yo soy la única de mi región, la que está en el norte.

No quiero pensar en la Región Norte. Mi tierra tiene verdes bosques y un cielo tan bajo que parece que está colgado de las copas de los abetos, pero nunca he sentido que el norte sea mi casa.

En su lugar, pienso en la adivina y en su gato. Hasta ahora no había pensado en que los ojos del gato son del mismo color que las velas que ondean por encima de mi cabeza.

Sé lo que quiero; siempre he sabido lo que quiero. Pero la profecía significa algo más, algo que llevo mucho tiempo esperando y temiendo que ocurra. Tengo que estar preparada.

Un carraspeo de Marko interrumpe mis pensamientos. Señala con la cabeza una cesta que está apoyada contra el mástil.

La mujer de Marko tiene el pelo rojo y unas piernas notablemente cortas. Solo me llega a la altura del pecho, y yo no soy especialmente alta. Al final de cada temporada, la familia de Marko me invita a ir a su casa. Sus cinco hijos corretean alrededor de la mesa mientras su mujer está de pie junto a la cocina removiéndola olla llena de tomate, hinojo y mejillones. Ese es el tipo de cosas que suelo recordar cuando no tengo comida suficiente en las frías noches de las cordilleras del este, o cuando tengo sed en los cálidos días en los campos del oeste.

Lo único que puede superar a su guiso de mejillones son sus bocadillos. El pan está hecho con harina de violetas de trigo secas y, junto con las especias recogidas de su jardín, hacen que el sabor sea tan fuerte que apenas necesitan relleno.

Sin embargo, sé que en la cesta hay bocadillos con todo tipo de guarnición: concha de peregrino seca, salmón ahumado, arenques con miel y huevos de esturión.

Marko me mira mientras doblo el paño de tela blanca y aspiro los aromas. Sé que se lo contará a su mujer esta noche: su recompensa es saber lo contenta que me pongo.

Despliego el papel encerado y doy un gran mordisco al bocadillo. La boca se me llena al instante con el sabor de la anguila marinada y el pepino en escabeche. Cierro los ojos mientras como. Los sabores me hacen recordar cada vez que Marko y yo hemos salido así; el primer año, yo no era más que una niña. Entonces, mi padre estaba sentado a mi lado, señalaba a la vela y

hablaba de la fuerza del viento y de los rasgos distintivos de los faros. Cuando íbamos a comer, siempre me dejaba escoger el bocadillo primero.

Marko se dio cuenta rápidamente de que yo sabía lo que hacía; entendió que uno no sufre el tipo de accidente que yo había sufrido si no cuenta con una larga experiencia bajo la superficie. Me había visto bucear con mi padre.

Desenvuelvo el siguiente bocadillo y siento el sabor del rábano picante y las ostras. Mi favorito. Cuando abro los ojos, Marko ha echado el ancla. Tiene los ojos fijos en un punto lejano del horizonte y asiente lentamente con la cabeza, como si se balanceara al compás del movimiento del barco.

Marko tiene otra cosa buena: sabe cuándo mirarme y cuándo dejarme en paz.

El equipo ha estado enrollado durante la última temporada y la capucha de buceo se ha quedado rígida por el agua salada. Tengo que enderezarla antes de meter la cabeza en ella. Siento la tela ligera sobre mis hombros e inspiro el viciado olor a algas y caucho.

La capucha de buceo es el objeto más valioso que poseo; es difícil encontrar una tan bien hecha como la mía. Las mejores capuchas de buceo las fabrica el artesano de la Reina. Están hechas de un material ligero que se asienta firmemente en la piel, pero te deja respirar con normalidad. La ventana delante de los ojos es tan clara que uno se olvida de que existe.

Mi padre nunca me dijo cómo la había conseguido. Un día sacó la capucha de su morral y me la dio.

Marko saca la caja de madera debajo del asiento. Los dos sabemos que la caja estará llena de perlas antes de que acabe el día.

Soy la pescadora de perlas más hábil de todo el país. No lo digo por presumir, sino porque es verdad. Antes de que acabe el día, la caja estará llena de perlas rojas, azules y amarillas, mientras que los demás pescadores volverán a casa con cajas medio vacías.

Como mis perlas tienen los colores más fuertes, los que hacen collares, coronas y anillos más bonitos, también se pagarán por ellas los precios más altos del mercado esta noche.

Me siento sobre la borda dándole la espalda al mar y me dejo caer hacia atrás.

Me hundo como una piedra antes de girarme y dar unos impulsos fuertes con las piernas para sumergirme más y más hacia el fondo.

EN LAS PROFUNDIDADES

Si alguien pregunta por qué soy la mejor pescadora de perlas, esta es la respuesta: soy la mejor porque quiero las perlas para mí misma. Los demás pescadores ven las perlas como vacas que pueden vender en el mercado o como lana con la que pueden hacer ropa, como algo que te hace rico o, al menos, te ayuda a llevar el pan a la mesa. Yo salgo al mar por las perlas.

No para mí misma, por supuesto que no. Igual que todos los demás, vendo las perlas a los compradores de la capital pero, antes de eso, son mías y solo mías. Veo el color de la perla reflejado en el agua y siento el duro nácar contra mi mano.

Los pescadores de perlas no tienen ninguna utilidad para estas: las perlas las emplea la gente de la corte de la Reina. A lo sumo, guardamos alguna como objeto de trueque para el futuro. Nuestro cometido es encontrar las perlas, y es tarea de la Reina utilizarlas.

Pero, antes de eso, pienso en ellas como si fueran mías.

Mientras me sumerjo en las aguas azul turquesa, siento cómo el calor se extiende por mi pecho. Pronto estaré allí, pronto estaré rodeada de perlas. Los pescadores no se fijan en mí; para ellos no soy más que una piedra que ha sido lanzada a las profundidades.

Las perlas hacen que el fondo del mar parezca un arcoíris. Las perlas blancas reflejan los colores de las otras perlas y pueden cambiar entre miles de matices. Las blancas son mis favoritas, pero las rojas son las que mejor se pagan.

Durante el semestre de invierno, nadie puede pescar perlas. La Reina ha decidido que las perlas necesitan tiempo para crecer y reproducirse. Sufro cada vez que salgo del agua por última vez en el otoño, y no dejo de hacerlo hasta la primera inmersión del verano siguiente.

No importa que nosotros, los pescadores, no nos quedemos las perlas, que las transportemos hasta la capital ni que pasen a formar parte de las joyas de las damas o de engarces decorativos en la Avenida de la Reina.

El momento en el que encuentro las perlas, son mías. Eso es suficiente.

Se dice que la Avenida de la Reina tiene veinte kilómetros y que, en lugar de adoquines, ella ha hecho instalar perlas a lo largo de la calle. Tiene que ser una visión increíble pero, aún así, cuando alcanzo el fondo pienso en que la Avenida de la Reina nunca podrá compararse con el fondo del mar en la Región Sur.

Donde quiera que mire, veo perlas. Algunas se han hundido en la arena, otras están amontonadas y otras yacen solitarias sobre cojines de algas y plantas marinas.

Recojo una gran perla verde que está justo delante de mí. La perla es tan grande como la palma de mi mano y su tacto es justo como tiene que ser, con la superficie resbaladiza y dura como una piedra. Nadie puede machacar una perla.

El calor de mi pecho se extiende a las piernas y a los brazos. Estoy en casa. Aquí es donde tengo que estar: en el mar, bajo la superficie.

No necesito dar muchos pasos por el fondo para llenar mi morral de perlas. Cuando ya no lo puedo cerrar, pataleo hasta la superficie.

Marko ha visto las burbujas y tiene la caja lista junto a la borda. Lanzo el morral hacia arriba y miro a mi alrededor mientras Marko vacía las perlas en la caja.

Varios barcos han echado el ancla en las cercanías, pero todos a la distancia debida. Respetamos el territorio de los demás y mantenemos nuestros mejores lugares en secreto, igual que hacemos en el norte con los lugares en los que vamos a recoger setas.

Después de solo un par de inmersiones, la caja está casi llena. Le hago una señal a Marko con la cabeza para indicarle que voy a hacer una última inmersión, cojo el morral y me vuelvo a sumergir.

He visto varias perlas rojas en un banco de algas azules. Se trata de un tono de rojo poco común, y sé que puedo conseguir un buen precio por ellas.

Doy un par de patadas fuertes pero, cuando estiro la mano hacia delante, noto una sombra por encima de mí. Las algas de color verde claro se han vuelto negras y las perlas rojas han adquirido un tono más oscuro. Me quedo paralizada, pues sé exactamente de qué se trata.

El tiburón rosa ha adquirido su nombre porque su nariz parece una rosa arrugada. En medio de los pétalos se encuentra la boca, con unos dientes afilados como espinas de rosa que pueden arrancar una extremidad en cuestión de segundos. Lo sé porque fue un tiburón rosa quien se llevó mi brazo.

Tenía once años y llevaba muchos siguiendo a mi padre en sus viajes. Ya en aquellos tiempos, era evidente que yo era una buceadora con talento y mi padre me dejaba sola en el agua con frecuencia mientras él se alejaba un poco.

Solo tenía once años, así que tampoco se me puede reprobar el no haber estado atenta. Estaba atareada con los distintos colores de las perlas y no vi al tiburón hasta que su arrugada nariz me dio un empujón en el hombro. Los tiburones rosa tienen los ojos amarillos y la piel blanca. Los demás tiburones solo muerden cuando alguien se mete con ellos: temen tanto a los hombres como los hombres los temen a ellos. Pero los tiburones rosa atacan, pues consideran que las perlas son suyas.

Nos miramos a los ojos durante un momento, el tiburón que en seguida me clavaría los dientes y yo. Sus ojos, que no pestañeaban, parecían perlas de ese tono ámbar tan común que se paga por docenas.

La nariz se abrió lentamente, los pétalos se expandieron, pero el tiburón no tenía ninguna prisa. No podía escapar nadando: tanto el tiburón como yo sabíamos que él era más rápido.

El tiburón rosa se acercó aún más. Vi los dientes afilados en sus fauces antes de que cerrara el hocico. Esta vez, tenía mi brazo entre los dientes.

El agua se tiñó de rojo y yo sentí cómo me hundía. No recuerdo nada más, solo los pétalos de la rosa en el agua roja.

En realidad, me acuerdo de una cosa más: recuerdo estar tumbada en el suelo del barco mirando hacia el cielo y cómo el sol del crepúsculo me recordaba a los ojos amarillos del tiburón.

—Desgarrad las velas —gritó mi padre—. Tenemos que detener la hemorragia.

Y yo pensé que debía haber ocurrido algo serio, ya que mi padre había sacrificado las velas. Eran caras: habíamos buceado durante tres veranos para poder permitirnoslas.

Esta vez, durante la primera inmersión de la temporada, cuando todas las perlas están sin pescar, es exactamente igual que aquella. El tiburón rosa que nada en círculos por encima de mí se ha acercado mientras yo estaba concentrada en las perlas.

Su sombra se cierne sobre mí, inmóvil en el agua, y yo no necesito mirar hacia arriba para saber lo cerca que está. Nado lentamente hacia atrás hasta que un arrecife se interpone entre el tiburón y yo.

La sombra negra se mueve hacia mí y veo cómo se abre la arrugada nariz.

EL TIBURÓN ROSA

No hay ningún consejo que te ayude a escapar de un tiburón rosa. La mayoría no lo consigue. Mi única opción es darle al tiburón las perlas del arrecife y esperar que quede tan embelesado por ellas que se olvide de mí. Me deslizo lentamente hacia atrás, tan lentamente que el agua no se mueve.

Los amarillos ojos del tiburón me miran primero a mí, después hacia el arrecife lleno de perlas, y después a mí otra vez.

Señalo con la cabeza la perla más grande del arrecife, de color púrpura. El tiburón, finalmente, se decide. No retira la mirada de la gran perla, así que yo nado hacia atrás con pequeños movimientos rápidos. El tiburón rosa se ha lanzado directo hacia el banco de perlas; solo veo sus aletas caudales que ondean de adelante atrás.

Marko levanta las cejas cuando salgo a la superficie y sacudo la cabeza. Hemos terminado por hoy.

Me tumbo sobre el suelo y respiro mientras Marko iza las velas. Tomo una taza de zumo de pera. La bebida está tibia, pero no me hace efecto. Necesito algo reconstituyente.

—¿Un tiburón rosa?

Marko tiene una voz muy clara para un hombre tan grande. Cada vez que habla me siento sorprendida; hablamos tan poco entre nosotros que me olvido de cómo suena.

Asiento con la cabeza y miro hacia el mar.

Pasé cuatro meses en el hospital después de perder el brazo. Mi padre estuvo a mi lado todo el tiempo. Los enfermeros le dieron un viejo colchón y una colcha que olía a caballo y él dormía en el suelo a mi lado.

—Lo siento —dijo cuando abrí los ojos por primera vez después de la operación.

Intenté decirle que no era su culpa, pero tenía la boca tan seca que solo me salió un graznido. Tanto mi padre como yo sonreímos al oír mi voz: suena igual que las diurracas en nuestra región. Me puso la mano en la frente.

—No duele —dije.

He oído casos en los que se ha podido coser el brazo al cuerpo, pero para eso hay que tener el brazo. Los médicos no lo tenían cuando yo estaba sobre la mesa de operaciones. En su lugar, cosieron la herida de modo que el hombro terminara repentinamente donde debería empezar el brazo. No tengo ningún muñón colgante que me entorpezca cuando trabajo; es como si ese brazo nunca hubiera existido.

Marko alcanza el termo y yo sirvo un poco de zumo cálido de pera. Quedan algunos bocadillos en el fondo de la cesta, y cada uno tomamos medio de carne de cangrejo.

No tuve miedo la primera vez que bucéé sin brazo. Durante todo el tiempo que pasé en aquella cama de hospital, estuve pensando en el tiburón rosa y en lo que debería haber hecho.

No creo que el tiburón rosa quisiera mi brazo: quería las perlas que yo había cogido. Yo me había interpuesto en su camino, así de sencillo.

Mi padre me acompañó durante las primeras inmersiones después de aquello y no se despegó de mi lado. Es la única vez que el mar me ha resultado estrecho: parecía que mi padre se había pegado a mí.

Hacía señas con la mano para indicarle que podía seguir nadando, pero él hacía como que no lo veía. Pataleé tan fuerte que la arena del fondo formó remolinos, pero mi padre me siguió.

—Puedo apañarme —dijo cuando nos colgamos de la borda y vaciamos los morrales.

Él sacudió la cabeza y volvió a seguirme como si fuéramos un solo buceador.

Aunque también estuvo bien. Mi padre era un pescador de perlas muy habilidoso y, después de unos días, empecé a estudiar su técnica.

Antes de llegar al fondo, se colocaba como una estrella de mar, con las piernas y los brazos extendidos. De este modo, veía las perlas desde arriba antes de remover la arena y el lodo al tocar el fondo.

Nunca tenía prisa: es otra cosa que aprendí de él. A pesar de eso, era el más rápido.

—Hay que ser minucioso —dijo cuando no vi un grupo de siete perlas.

El hecho de que me falte un brazo no me hace peor buceadora, al contrario. Utilizo una técnica con la que doy fuertes patadas con las piernas y muevo el trasero como un delfín plateado. Sé que suena tonto cuando lo describo, pero funciona. Soy una de las mejores.

He transformado mis carencias en mi mejor cualidad. Las perlas son iguales que yo. Se generan en el lodo, lo peor y más feo que hay en el mar.

Llegamos a la entrada del puerto y Marko arría las velas. Yo me sitúo en la proa y amarro cuando llegamos al muelle. Marko baja la caja de perlas antes de bajar con ayuda del remo. Levantamos la mano para despedirnos: nos veremos al día siguiente a la misma hora.

Cojo uno de los carros que están inclinados sobre los bolardos y levanto la caja. Soy la primera en tierra, pero eso no significa nada. Los compradores quieren tener las mejores perlas y escoger lleva mucho tiempo. Sin embargo, sé que acabarán comprando todo lo que tengo. Hoy me puedo permitir una buena cena.

Empujo el carro hacia el mercado y veo enseguida a los compradores. Suelen quedarse de pie mirando hacia el mar, pero hoy todos están de espaldas a mí y ninguno me ve llegar. Están girados hacia la parte trasera del mercado, la que está inclinada hacia los campos de naranjas. El carro va trastabillando contra los adoquines cuando me dirijo hacia ellos.

Creo que sé lo que están mirando.

EMPIEZA LA CAZA

Los compradores no son los únicos que están reunidos: entre la multitud se encuentran también vendedores del mercado, niños y quienes supongo que son sus padres. Algunos de los niños me miran con curiosidad.

A muchos pescadores de perlas les falta un brazo o una pierna, o tienen la cara llena de cicatrices. Los niños no se quedan mirando fijamente mi camisa, a la que le he cortado el brazo y cuyo agujero he cosido con hilo; me miran porque no soy tan mayor como los demás pescadores de perlas.

Empecé pronto, y muchos niños quieren ser como yo. Tienen que hablar de ello con sus padres.

Entre la muchedumbre se oye un fuerte murmullo. Me abro paso a empujones hasta colocarme en primera fila.

El mercado es el sitio de la gente pero, cuando los gobernantes quieren hacer algún comunicado, colocan un cartel en el tablón de anuncios de la plaza. Aquí, además de los mensajes reales, también se encuentran mensajes sobre venta de perlas y menús de restaurantes.

En medio del tablón de anuncios hay un nuevo cartel importante en color rojo, el color de la Reina. El mensaje está escrito en gruesas letras plateadas: «Aquel que encuentre la Piedra Ocular recibirá siete veces su valor en oro».

Nada más.

Debajo del breve texto, se encuentra el sello de la Reina.

Todas las generaciones tienen que ir en busca de la piedra ocular, y todos sabemos lo que significa el llamamiento de la Reina. Es nuestro turno.

Mi padre fue en busca de la piedra ocular, y mi abuelo, y mi bisabuelo. Nadie la ha encontrado nunca.

Los demás pescadores de perlas han llegado a tierra. El ambiente cambia, el murmullo se silencia y los demás, los que no bucean, nos miran como esperando que vayamos a subirnos al barco inmediatamente y lanzarnos a la búsqueda de la perla.

Yo soy la única que ve el miedo en la cara de los pescadores de perlas. Muchos han muerto durante la caza de la piedra ocular, y muchos más han desaparecido. Cuando uno empieza la búsqueda, todo lo demás pierde importancia.

Los pescadores de perlas abandonan a sus familias y sus hogares, sus barcos y sus animales, para nunca volver. Todo lo demás deja de tener importancia en el momento en el que uno decide encontrar la piedra ocular.

Aquellos que regresan nunca vuelven a ser los mismos. Si antes solían sentarse junto al fuego por las noches, contarles historias a sus hijos y jugar con el pelo de su amada entre los dedos, ahora pasan las tardes sentados mirando por la ventana. Hasta que, una mañana, han desaparecido.

Como olas contra la arena, deambulan entre su barco y su hogar, se vuelven más delgados y más pálidos, pero la perla aún no ha sido encontrada.

El hecho de decidir ir en busca de la piedra ocular supone cambiar tu vida. Pero, si la encuentras... recibirás siete veces la recompensa de la Reina y pasarás a formar parte de los libros de historia.

Aquel que posea la piedra ocular nunca volverá a tener que anhelar nada: todo lo que siempre ha deseado se hará realidad.

Aquel que encuentre la piedra ocular, obtendrá su bendición.

Igual que obtenemos la maldición en el momento en el que nos decidimos a salir en su busca.

Aquel que posea la piedra ocular, obtendrá todo menos anhelo, pero aquel que se decide a salir a buscar la perla y no la encuentre, vivirá con ese anhelo el resto de su vida.

La recompensa de la Reina es tan generosa que la mayoría, incluida yo, vendería la piedra ocular al reino.

Todo lo que uno puede anhelar de forma razonable puede comprarse con la recompensa de la Reina, pero no es el dinero lo que influye en mi decisión.

Quiero que se escriban canciones sobre mí, que los libros hablen de mi caza y de mi captura. Soy la mejor, y quiero que todo el reino lo sepa.

Cojo el carro y me dirijo hacia el lugar de los compradores. Naturalmente, me reconocen. Desplazo la carreta y me inclino sobre unas cajas de fruta vacías. Como siempre, la venta lleva su tiempo.

Los compradores llevan gorras azules: así es como se los reconoce. Muchos de ellos son buceadores que han cambiado de profesión, y algunos son enviados de la Reina. Ahora, al principio de la temporada, no hay muchos compradores, pero en las próximas semanas se unirán más y más. En los últimos días hay tanta gente en el mercado que apenas podemos mover nuestros carros.

Los zuecos de los compradores golpetean los adoquines cuando van de un carro a otro, cogen las perlas y examinan su brillo bajo el sol de la tarde. He visto este procedimiento miles de veces y sé cómo termina: yo recibiré los precios más altos.

Algunos de los pescadores ayudan rebuscando entre sus perlas para encontrar la mejor. Otros hacen como yo y se quedan mirando fijamente al frente.

Pienso en el cartel de la Reina y en la piedra ocular. Mi padre pertenece al grupo de los que nunca regresaron. Una mañana de otoño, muy temprano, vi que no estaba y comprendí enseguida adónde había ido. Lo esperé durante el invierno y ocupé su lugar en el equipo maderero.

Cuando llegó la primavera, me marché. No he regresado nunca a nuestra casa. Los inviernos los paso en alguna de las otras regiones. En el este siempre necesitan ayuda en las minas y en el oeste siempre es necesaria una mano extra en las tierras de labranza. En cuanto empieza la temporada de las perlas, vuelvo aquí, a la Región Sur, para pescar perlas.

Mi padre me abandonó cuando salió en búsqueda de la piedra ocular, pero también abandonó a Marko. Antes, Marko buceaba con mi padre, pero a él le da igual quién lo acompañe.

Un comprador con una larga barba gris señala hacia mi carro y muestra la mano con tres dedos extendidos. Otro comprador lo aparta a empujones y se coloca tan cerca que yo retrocedo hasta que el borde de las cajas de fruta me raspa el omóplato.

Se trata de una mujer alta, con un cabello tan blanco que me deslumbra.

—¿Vas a partir?

Casi escupe las palabras, mirándome con unos ojos tan blancos como su cabello.

Yo me encojo de hombros.

—Quiero que vayas —dije ella—. Dicen que eres la mejor. Quiero ir contigo.

Yo sacudo la cabeza. Estoy aquí para vender perlas, no para buscar compañía.

El hombre de detrás extiende cuatro dedos. La mujer lo aparta de un empujón y me coge la mano. Su piel está tan fría que me hace estremecer; siento como si hubiera tocado a un tiburón rosa.

—Me llamo Iberis —dice la mujer—. Voy a encontrar la piedra ocular. Me pertenece.
Intento evitar su mirada. Su voz se transforma en algo que me recuerda a la mermelada cuando se inclina y me susurra en la oreja.

—Cuando encuentres la piedra ocular, dirás que he sido yo quien la ha encontrado.

Me quedo tan atónita que la miro fijamente a los ojos claros.

—¿Por qué iba a hacer eso?

—Porque yo lo digo —dice ella, apretándose más el brazo—. La gente me obedece.

El frío se extiende desde mi brazo hasta el resto del cuerpo. Intento soltarme.

—Lo más sencillo es obedecerme.

Continúa mirándome pero, como no respondo, acaba por soltarme el brazo.

—No sabes lo que haces —dice, antes de marcharse.

Su largo cabello blanco ondea detrás de ella como una vela de hielo.

Siento tanto frío que dejo que el comprador de la barba se lleve las perlas a un precio demasiado bajo. Cuando vacía el carro en su saco, me acurruco bajo los últimos rayos de sol. El frío de Iberis no abandona mi cuerpo, y yo no puedo olvidar lo que ha dicho.

Nunca dejaría que alguien se llevara el honor de haber encontrado la piedra ocular. Las canciones que se escribirán tratarán sobre mí, no sobre Iberis. No quiero reconocerlo, pero su fuerte deseo da un poco de miedo. Parece ser capaz de cualquier cosa.

Finalmente, el frío me abandona y me doy cuenta de que me ruge el estómago. Hace mucho de aquel bocadillo de cangrejo y las monedas me tintinean en el morral.

Sin embargo, decido no ir a un restaurante. Nunca viene mal ahorrar.

Puede que ya me haya decidido a encontrar la perla que nadie ha encontrado nunca. Iberis no solo me ha asustado, también ha despertado mi anhelo.

MIENTRAS SE HACEN LAS GACHAS

Decido preparar gachas de violetas de trigo, pues necesito algo caliente tras el encuentro con Iberis. Hay un hombre en el mercado que me vende la harina más barata.

—Toma las gachas con frambuesas —dice el vendedor, señalando unas cajas de papel al otro extremo del mostrador.

—Prefiero mantequilla —digo yo.

—Lo mejor es añadir las dos cosas —dice él, sonriendo de tal manera que muestra el hueco de los dientes en la parte superior de la mandíbula.

Compro una caja de frambuesas, más que nada para que se calle. En la Región Norte no tenemos frambuesas, pero no quiero que sepa que nunca las he probado.

En el armario de la cocina está la olla llena de abolladuras que siempre utilizo. La encontré en la playa una mañana temprano y la fregué con agua del mar. Todo lo que cocino en esa olla sabe a mar, pero no me importa. Puede que incluso me guste.

Preparo el fuego, hiervo agua y añado las hojas trituradas.

Remuevo formando ochos sin mirar la olla.

El mercado bajo mi ventana está casi vacío. Los últimos pescadores de perlas recogen las perlas que no han vendido y cargan sus carros.

De pronto, veo a Iberis detrás de uno de los carros. Mira hacia el edificio, pasando la mirada de una ventana a otra. Me coloco detrás de las cortinas y observo a hurtadillas por una rendija.

No puedo apartar la mirada de su pelo. A pesar de tener el mismo color que las perlas blancas, mis favoritas, su pelo no refleja los colores. Al contrario, el cabello blanco de Iberis hace palidecer todo a su alrededor.

Mira fijamente hacia mi ventana, arruga la frente y entorna los ojos, como si pudiera ver a través de la pared. Se gira rápidamente, haciendo ondear su cabello blanco una vez más, y desaparece.

Yo me estremezco. Su anhelo es mayor que el mío, y no sé qué puede suceder con un anhelo tan grande. No sé qué puede suceder con un anhelo tan grande que hace palidecer todo lo demás.

Un débil aroma a nueces y camomila emerge de la cacerola. Decido no pensar más en Iberis; no tiene nada que ver conmigo.

Miro más allá del mercado, hacia el mar.

He visto el mar cientos de veces, miles, pero no puedo apartar la mirada de él. No hay ni una ondulación, ni un pez que salpique con la cola. Si no supiera dónde está el mar, creería que es un gran campo, o un área talada sin rastros.

La piedra ocular está ahí fuera, en algún lugar.

Se dice que la piedra ocular es la perla más antigua del mundo. Se dice que es tan grande que no se mueve. Las demás, las perlas más pequeñas, se mueven al compás de las olas y de la arena en el fondo del mar, pero la piedra ocular es tan pesada que permanece inmóvil. Es incomprensible que nadie la haya encontrado.

Cuando mi padre desapareció, supe enseguida que era su turno. Hacía mucho tiempo que la realeza en la capital había solicitado la perla; la entonces reina era anciana y la verdad es que mi padre también era demasiado viejo para hacerse a la mar. Sin embargo, se marchó.

Lo entiendo, no se trata de eso. Pero me da rabia que no me llevara consigo.

Por supuesto que también entiendo por qué me abandonó. Quería estar solo; no quería hablar con nadie. Yo tampoco quiero: justo por eso, debería haberme ido con él. Habríamos encontrado la perla juntos.

Sirvo las gachas en el único plato que tengo. Es un plato de hojalata y las gachas en él parecen la luna, de un color blanco plateado y brillante. Esparzo un puñado de frambuesas rojo oscuro sobre las gachas y mezclo un gran pedazo de mantequilla. La mantequilla se derrite inmediatamente y torna las frambuesas de un color rosa claro. Tomo una gran cucharada de gachas, que parecen un tiovivo. El vendedor tenía razón. Tienen un sabor divino.

Cierro los ojos y tomo otra cucharada. El sabor dulce de las bayas se mezcla con la mantequilla salada y las suaves gachas, y siento cómo el calor se extiende por mi cuerpo.

Tengo hambre, así que tomo otra cucharada, y otra. Acabo de decidir preparar más gachas cuando alguien golpea la puerta.

Abro los ojos. Mientras comía, el crepúsculo ha dado paso a la oscuridad en la habitación.

¿Quién viene a visitarme? Nadie sabe que vivo aquí.

No me molesto en encender la luz, sino que recorro los pocos pasos que me separan de la puerta y la abro.

TENGO VISITA

Al principio solo veo dos sombras oscuras en la escalera. Entorno los ojos y oigo una risita y alguien que araña con los pies. Vuelvo y enciendo el candelabro blanco que está sobre la mesa. Las llamas iluminan la escalera, donde está Marko con una niña.

Solo le llega a Marko por la cintura, pero Marko es un hombre grande y no logro calcular la edad de la niña. Puede que ocho años, ¿o doce?

Marko nunca me había visitado.

—¿Tú eres...?

La niña tiene una voz clara que suena como un carrillón, aunque un poco más estridente, y Marko levanta la mano para que se calle. Ella toma impulso para decir algo, pero Marko sacude la cabeza.

—Siento molestar — dice.

Asiento con la cabeza y pienso en las gachas. En cuanto se vayan, prepararé más.

—Me llamo... —dice la niña, pero Marko le pone la mano en el hombro y sacude la cabeza.

La niña parece que va a estallar. Hinchaba los carrillos y da saltitos. He visto a los centollos chillones hacer lo mismo segundos antes de poner huevos.

—Sí —dice Marko—. Es mi sobrina.

No sabía que tuviera una hermana, pero tampoco es algo que me incumba.

—Ella...

La señala con la cabeza y la cara de la niña se ilumina, como si, finalmente, fuera su turno de entrar en escena. No dice nada, pero sus pequeños ojos achinados brillan y sus mejillas vuelven a estar hinchadas cuando estira el brazo izquierdo. No el derecho, como suele hacerse para saludar.

Al principio, creo que intenta ser cortés. Por supuesto, yo siempre saludo con la mano izquierda, pues la derecha me falta. Entonces miro su hombro derecho. Donde debería estar su brazo, lleva la camiseta metida hacia dentro.

Miro a Marko, quien arquea las cejas. Así que estiro la mano y estrecho la suya. Ella sacude nuestras manos arriba y abajo y no parece querer soltarme. Finalmente, retiro la mano de un tirón y retrocedo un paso.

—Se llama Grillo —dice Marko, inclinando la cabeza.

Sacudo la cabeza al mismo tiempo; empiezo a entender lo que está sucediendo.

—Quiero ser pescadora de perlas —dice Grillo.

Escucho su voz de carrillón y sacudo la cabeza con más fuerza aún.

—Marko —digo—. No.

De pronto, Marko da unos pasos hacia la habitación, aparta el plato que está sobre la banqueta y se sienta.

—Sí —dice—. Eres la mejor. Y ella no tiene a nadie más.

—Yo... —dijo sin saber cómo continuar la frase. Tomo carrerilla—: No sé nada de... —hago un gesto con la mano indicando una persona pequeña— ...niños —digo tras un momento.

—No necesito que me cuides: yo te seguiré y prometo no interponerme en tu camino ni molestar ni...

—No voy a estar aquí —interrumpo.

Marko asiente con la cabeza.

—He visto el mensaje. El de la Reina. Vas a marcharte.

—Ya sabes lo que pasa cuando uno empieza a buscar.

—Es una niña. No le afectará.

Marko ha pensado en ello, y lo que dice es cierto. Los niños no sufren anhelo por la piedra ocular del mismo modo que los adultos. Todos saben que uno se protege de la maldición si busca la compañía de un niño, pero pocos pescadores de perlas quieren llevarse a sus hijos a un viaje tan lleno de peligros.

—Marko —digo, y yo misma puedo oír mi súplica—. Quiero estar sola.

Él sacude la cabeza.

—Eso no se puede elegir —dice.

—Sí —digo yo—. Claro que se puede.

Y aquí empieza otra vez, el carrillón.

—Yo no quiero estar sola —dice ella—. Y se me da bien encontrar perlas. Marko dice que soy tan buena como tú cuando eras una niña.

Fulmino a Marko con la mirada. Nadie es tan bueno como yo. Nadie.

No me devuelve la mirada.

Miro el hombro de Grillo y el lugar donde debería tener el brazo. Ella ve mi mirada y sonrío de forma tan amplia que parece que las comisuras de los labios le rozan las orejas.

—Fue un tiburón rosa —explica—. Igual que con tu brazo.

Las llamas de la vela chisporrotean y algunas gotas de estearina caen sobre mi mano. Me quema, pero no le presto atención.

Grillo hincha los carrillos y deja pasar el aire entre los dientes. Lo hace varias veces; entonces, da algunos pasos hacia atrás y hacia delante.

Marko se levanta repentinamente y, de pronto, está junto a la puerta. Se mueve tan rápido que no me da tiempo a reaccionar.

—Eh —dice, señalando a Grillo con la cabeza—. Nos vemos.

—Gracias —dice dirigiéndose a mí, y desaparece escaleras abajo.

Me quedo mirándolo. ¿Qué hace? Eso no se puede...

Grillo se ríe tontamente.

—Ahora tendrás que aceptarme —dice.

GRILLO

Añado leña al fuego y cocino más gachas sin mirar a Grillo. Ella está de pie justo detrás de mí y observa todo lo que hago.

—Ah, gachas de violeta: mis favoritas —dice mientras yo remuevo la harina—. Suelo tomarlas con frambuesas. Fuera de la casa de Marko hay un claro en el que crecen frambuesas, y a veces hay tantas que podemos hacer mermelada para untar en el pan.

—Prefiero la mantequilla —digo, removiendo el contenido de la olla con tanta fuerza que las gachas salpican por el suelo.

—¡Uy! —dice Grillo, y seca la mancha con la manga de su camiseta.

Miro por la ventana: ya no se ve a Iberis, pero todos los faros están encendidos. Los cuento mentalmente en silencio: Sirius, Canopus, Arcturus...

Ahí está el carrillón.

Kentaurus, Regulus, Polaris... ¿Cuáles me he olvidado?

Sirvo las gachas sin responder.

—No importa que solo tengas un plato —dice Grillo, y se sienta en la cama—. Yo puedo comer después.

Hago un hoyo para la mantequilla en medio de las gachas y me giro hacia la ventana.

—Cuando el tiburón rosa me arrancó el brazo de un mordisco, solo tenía dos años, pero tú eras mucho mayor, ¿verdad?

Tomo una cucharada de gachas y dejo que su suave sabor me llene la boca. Los faros parpadean ahí fuera; a veces no sé si veo la luz de los faros o de las estrellas.

Grillo sigue hablando.

—Estaba jugando en la playa, había rocas y me resbalé. Papá estaba en casa y vino lo más rápido que pudo, pero un tiburón rosa llegó antes y... snap, plop, me había quedado sin brazo. No me acuerdo de nada, pero mamá me contó que había mucha sangre y que yo chillaba, aunque no lo recuerdo. ¿Tú recuerdas algo?

Le extiendo el plato vacío y la observo mientras se sirve cazos de gachas. Lo hace del mismo modo que yo; claro que es la mejor forma. Deja el plato sobre la mesa e inclina la cacerola sobre el borde al mismo tiempo que arrastra el cazo, de modo que las gachas caen sobre el plato. La verdad es que uno no necesita dos brazos.

—Primero se marchó mi padre en busca de la piedra ocular; después, mi madre se marchó en busca de mi padre, así que me fui con Marko y allí he vivido...

Dejo que el carrillón tintinee de fondo mientras intento acordarme de si he visto a Grillo entre los otros jóvenes en la cocina de Marko. Probablemente, aunque muchos de ellos se parecen.

—...pero desde que era pequeña he buceado en busca de perlas. Marko me ha ayudado y dice que soy la mejor que ha visto nunca, pero...

Habla a la vez que come, y extiende la mano muchas veces hacia la caja de frambuesas. La mancha de mantequilla brilla alrededor de su boca y sus ojos brillan bajo el resplandor de la vela.

Yo me levanto y señalo hacia la cama.

—Voy a dormir —digo—. Puedes acostarte donde quieras cuando estés cansada.

—No suelo estar despierta a estas horas, pero Marko llegó a casa tarde y tenía hambre y tenía que comer. Dijo que tengo que comportarme y no...

Salgo al hueco de la escalera, hacia el cuarto de baño que comparto con los otros inquilinos. Me cepillo los dientes y me deshago la trenza. Tengo el pelo áspero por el agua salada.

El agua salpica el suelo mientras me lavo, pero no pasa nada: aquí todo el mundo va descalzo dentro de casa. Cuando buceo no pienso en lo rígida que se pone la piel por el agua salada, pero por la noche, después de lavarme, noto la transformación.

Cuando vuelvo, Grillo está fuera, en el pasillo.

—También tengo muchas ganas de hacer pis —dice—. Oh, qué rizado tienes el pelo. Yo también quiero tener el pelo largo. ¿No te molesta cuando buceas? ¿Por eso lo llevas recogido en una trenza? No se ve lo largo que es cuando llevas la trenza...

Voy a mi habitación y cierro la puerta. Me quito los pantalones y la camisa de cuadros y me meto en la cama.

Pienso en la piedra ocular. La verdad es que podría salir mañana, pero es mejor esperar unos días y reunir unas cuantas perlas para vender. La caza será más sencilla si tengo un buen fondo de viaje.

—Cogeré la colcha —dice Grillo, causándome un sobresalto.

Casi me había quedado dormida.

—En casa de Marko dormía con cuatro personas más. Hacía calor y los más pequeños daban patadas, así que es genial dormir en el suelo. Tengo mucho espacio...

Me enrolló en la colcha como si fuera una oruga y me giro hacia la pared. Me pregunto qué harán los demás pescadores de perlas, si también se quedarán unos días para garantizar su fondo de viaje o si se marcharán al amanecer.

Es absurdo tener prisa. En treinta generaciones, casi cien años, nadie ha encontrado la piedra ocular.

—Miranda... —susurra—. ¿Estás despierta?

—Hmmm... —digo yo.

—¿Puedo dormir contigo? Prometo estar completamente inmóvil y no dar patadas, pero hace frío en el suelo y parece...

—Estoy durmiendo —la interrumpo.

—¡Estas hablando!

—Hablo en sueños.

Ríe en voz alta.

—No lo haces.

—Duérmete —digo yo—. En el suelo.

Suspira tan fuertemente que siento la ráfaga de su espiración en el cuello.

—Mañana iremos a bucear, ¿verdad? Entonces te demostraré que soy la mejor. Sé que es difícil de creer, pero...

Grillo sigue hablando mientras yo duermo.

GRILLO RELATA UNA HISTORIA

En mitad de la noche, Grillo se mete en la cama. Estoy demasiado cansada para decirle nada, y ella se pone cerca de la pared y apenas me roza. Me vuelvo a dormir y sueño con el tiburón rosa. En el sueño, el tiburón llega a la piedra ocular antes que yo y está a punto de engullirla cuando yo estiro la mano. Me despierto porque estoy inhalando aire tan rápidamente que parece que me estoy ahogando.

—¿Estabas soñando? Yo suelo soñar con mamá y papá, pero preferiría soñar con el bosque. Aunque nunca lo he visto. Marko dice que vienes del norte. Me pregunto cómo es el bosque. Creo que hay árboles tan altos como faros. ¿Has visto árboles tan altos?

Cierro fuertemente los ojos.

—Esta noche no he soñado nada —continúa Grillo—. O no recuerdo lo que he soñado. Mamá decía que uno siempre sueña algo. Yo suelo tener sueños aburridos, como que estoy pelando patatas o comiendo mermelada de frambuesa. Me gustaría soñar con... el bosque... y...

Abro los ojos. Está sentada en el borde de la cama y las piernas le salen de un camisón azul claro.

—Yo también quiero tener trenzas —me dice.

Estamos sentadas en la cama, mirándonos a los ojos sin parpadear, hasta que, finalmente, Grillo hace una mueca y, contra mi deseo, me echo a reír.

—Voy a tener una trenza como la tuya —dice la niña.

—Tienes el pelo muy corto —digo yo.

Se tira de los claros mechones como si pudiera hacer que crecieran tirando lo suficiente.

—Espera —digo, quitándome la goma elástica que llevo en la muñeca.

Rápidamente, le divido el pelo en cuatro mechones cortos. Su pelo es tan corto que los mechones salen tiosos de su cabeza: uno en la frente, uno en la nuca y dos hacia los lados.

—¿Ahora me parezco a ti?

—No exactamente —respondo yo.

—Pronto tendré el pelo tan largo como tú.

Trenzo mi propio pelo con los dedos; raras veces se necesitan las dos manos. No puedo recordar cuándo he echado de menos mi otra mano.

Grillo está de pie tan cerca de mí que no paro de golpearla con el codo.

—Qué rápido haces la trenza. No me da tiempo a ver cómo lo haces.

Siempre tengo prisa por la mañana: quiero llegar a los mejores sitios antes que los demás.

—Marko dijo que esperaría en el lugar de siempre —dice Grillo—. ¿Cuál es el lugar de siempre? Creo que en la punta del embarcadero. Es el mejor lugar si uno quiere ponerse en marcha enseguida. Ahí empezaría yo.

Asiento con la cabeza. Tiene razón.

—¿Dijo Marko algo más?

Ella sacude la cabeza, de modo que los mechones botan arriba y abajo. Parece como si pequeñas ranas alga saltaran por su cabeza.

—¿Cuándo vamos a buscar la piedra ocular?

—¿Qué sabes de ella?

—Papá la quería, así que se fue en su busca y mamá se quedó en casa y, como papá nunca volvió... mamá solía contarme una historia de buenas noches sobre las perlas...

—¿Cómo es la historia? —la interrumpo.

No me suelen interesar las historias, pero quizá pueda tener algo de tranquilidad si se limita a hablar de un solo tema. Además, las historias pueden contener un ápice de verdad, y tengo que saberlo todo si quiero encontrar la piedra ocular.

Grillo arquea las cejas y toma impulso. Cuando empieza, su voz se ha vuelto más oscura, como si quisiera imitar a alguien.

—Érase una vez, hace mucho tiempo, un mar enorme con un fondo de arena y las aguas más profundas que nunca se hayan visto. El mar era tan profundo que cinco buques podrían colocarse uno sobre otro sin que el mástil del barco de arriba se viera en la superficie. El fondo del mar era liso como el terciopelo... y...

Su voz volvió a ser como siempre.

—¿Alguna vez has tocado el terciopelo? Mamá decía que el tacto es como el del césped, pero en una tela. No lo entiendo muy bien.

—Continúa —digo yo—. Continúa con la historia.

Ella vuelve a arquear las cejas.

—El fondo del mar era liso como el terciopelo y tenía la misma forma que las olas. El fondo parecía un azucarero en el que alguien había dibujado formas con una cuchara y, cuando hacía buen día, la gente solía bucear para observar el fondo, que era más blanco que cualquier otra cosa.

Un día llegó al país un gran buque negro que venía desde muy lejos. El buque iba cargado hasta arriba y la gente estaba arremolinada en la playa, observándolo anclar.

Alguien creía que el barco estaba cargado con madera de las regiones lejanas, otra persona creía que estaba cargado de diamantes y un tercero...

Se para a pensar.

—No recuerdo lo que pensaba el tercero.

—No importa —le digo—. Continúa.

—La gente en la playa hacía señas con la mano a los marineros del barco, pero nadie respondió a sus saludos. En su lugar, se oyó un ruido sordo y la gente de la playa se asustó. Una gran trampilla se abrió en medio del barco y un lodo negro salió brotando hacia el mar...

Grillo muestra con la mano cómo el lodo va cayendo hacia abajo por el lateral del barco y hacia el agua.

—Hizo plum, y plas, y creo unos remolinos tan grandes que el sol se oscureció. Cuando la gente de la playa miró de nuevo hacia el mar, el barco se había marchado. Los más valientes se lanzaron al agua rápidamente para ver lo que había pasado y...

Grillo sacude la cabeza y se muerde el labio.

—Mamá siempre cambiaba la historia en este punto. Es distinta cada vez.

—Tú continúa.

—Voy a contarte el final que más me gusta.

Se aclara la garganta y tiene un aspecto serio.

—El lodo negro yacía sobre el fondo del mar y las suaves formas blancas estaban cubiertas por un fango negro. Los valientes buceadores lloraron y sus lágrimas cayeron sobre el lodo. Cuando regresaron a la playa, sacudieron la cabeza y dijeron que nadie podía bucear nunca más.

Y así fue durante cien años, y cien años más, sin que nadie pudiera bucear. Pronto, el suave fondo del mar solo fue recordado en las historias.

Grillo suspira y continúa con aspecto serio.

—Pero, un día, una chica con cabello negro decidió...

Esa soy yo, pienso, aunque no tengo el cabello negro.

—...investigar el fondo. Había oído hablar de la arena blanca en las historias y sobre el barco que lo cubrió todo con un lodo negro, pero era valiente y se zambulló desde una de las

rocas más altas. Se hundió como una piedra y pronto llegó al fondo. No podía creer lo que veían sus ojos... porque... porque...

—Continúa —la apremio.

Grillo sonríe. Entiendo que solo se ha detenido para que yo le pida que siga. La chica es astuta, eso tengo que admitirlo.

—En el fondo había miles, millones de perlas de todos los colores del mundo. El fondo seguía cubierto de arena, pero aquí y allá había manchas oscuras de lodo. En el lodo se encontraban las perlas más bellas, y la chica desenterró una amarilla y una roja, con las que subió a la superficie. La gente de la ciudad no podía creer lo que veían sus ojos, pero, uno tras otro, imitaron a la valiente muchacha y, pronto, el rumor de las bellas perlas se extendió por todo el país y... Bueno, esa es la historia. Y colorín colorado, esta historia se ha acabado. ¿Te ha gustado?

Asiento lentamente. Justo esta versión no la había oído nunca. Miro el reloj.

—Vamos —digo, cogiendo mi morral—. Llego tarde.